JORGE EDWARDS

ENREDOS CUBANOS
(DIECIOCHO AÑOS DESPUÉS DEL "CASO PADILLA")

EL "CASO PADILLA" se produjo en Cuba hace ya dieciocho años largos. Para los intelectuales de mi generación es un hecho conocido, excesivamente conocido, al menos en apariencia. A partir de ahí, el mundo literario latinoamericano se dividió en forma irremediable entre castristas y anticastristas. Para las generaciones nuevas, es un episodio enterrado en las brumas del pasado reciente, el más hermético y ajeno de los pasados. Los intelectuales de la postmodernidad tienen poco que ver con estos conflictos. Jamás se habrían extraviado, ellos, en un laberinto político de esta especie. Había que sentirse atraído, fascinado, como punto de partida, por el utopismo revolucionario, por el optimismo y por el finalismo histórico, pero esto ya es cosa de épocas pretéritas. Pasó hace rato el momento de las visiones apocalípticas, el de las filosofías totalizadoras con sus escoliastas y sus herejes.

El "caso" estalló cuando el poeta Heberto Padilla fue encarcelado en La Habana a fines de marzo de 1971. Padilla había colaborado con la Revolución en todos sus comienzos y era en su país uno de los escritores con mayor cultura marxista y con más conocimiento del socialismo real. Su encarcelamiento ocurrió dos días antes de que yo tuviera que salir bruscamente de Cuba, adonde había sido enviado en calidad de Encargado de negocios por el gobierno de Salvador Allende para abrir la embajada chilena. Se acusaba a Padilla y a sus amigos de haberme dado una imagen negativa de la situación cubana y a mí se me acusaba de haberles prestado oídos complacientes, hostiles a la revolución, y de haber transmitido esa visión deformada, tendenciosa, al Ministerio de Relaciones de Chile.

Un mes más tarde, Padilla salió de la cárcel golpeándose el pecho en público, acusándose y acusando a sus amigos de adentro y de afuera de haber sido derrotistas y malintencionados frente al proceso cubano y a su Comandante en Jefe. El derrotismo, que nosotros podemos considerar como un simple equivalente del realismo político, constituía en esos días de voluntarismo desatado un delito grave. El gobierno de Cuba presionó a Salvador Allende para que me sancionara y me expulsara de la diplomacia, pero Allende se encontró con la inesperada resistencia de dos personajes claves: Clodomiro Almeyda, su Ministro de Relaciones Exteriores, y Pablo Neruda, amigo mío desde hacía muchos años, que ya había asumido sus funciones de embajador en Francia y que esperaba mi llegada desde Cuba para colaborar con él como Ministro Consejero. Salvador Allende terminó por desistir de su propósito inicial de imponerme algún tipo de sanción. En primera instancia, Almeyda le hizo ver que no podía hacerlo con el sólo mérito de la versión oficial cubana y sin escucharme. En julio del año 71 viajé a Santiago por motivos personales y Almeyda me invitó a almorzar en el Ministerio. "¿Qué le pasó en Cuba?", fue su primera pregunta. Le conté en resumen la historia que ya estaba narrando en detalle en las páginas de *Persona non grata*. Almeyda me dijo: "Yo ya me imaginaba que le había sucedido algo así. Le diré que la única discusión seria que he tenido con Salvador Allende, desde que estoy en este cargo, ha sido por causa suya. Ahora conversaré con él otra vez, le diré que he escuchado su versión del incidente y que le reitero toda mi confianza."

A partir de entonces, el incidente quedó cerrado con respecto a mí, por lo menos en su aspecto administrativo. Yo me había convertido, curiosamente, en el único protagonista secreto, silencioso, del bullado y bullicioso "caso Padilla".

A comienzos de 1974, después de la caída de Salvador Allende, pude publicar en España en Barral Editores, la editorial que había formado Carlos Barral después de separarse de Seix Barral, mi propio testimonio, escrito en París a mi salida de Cuba y guardado durante un par de años por Carmen Balcells en la bóveda de un banco. En otras palabras, el protagonista secreto ofrecía, al cabo de tres años, la primera versión pública del caso. Ahora, después de haber pasado siete años en la isla en condición de libertad vigilada y de haber salido al exilio norteamericano en 1978, Heberto Padilla publica el memorial suyo con el título, curioso sin duda por tratarse de un texto autobiográfico, basado en los recuerdos personales, y, como se verá, curiosamente revelador, de *La mala memoria* (Plaza y Janés, Barcelona, 1989).

Heberto Padilla dice en su texto que mi versión de la historia ("las 478 páginas de su libro *Persona non grata*"), es la que más le gusta, "la mejor contada o fraguada, qué sé yo" (p. 147). Lo dice con visible mala gana, probablemente por astucia, para no ser acusado de resentimiento, pero la clave de la frase está en el adjetivo "fraguada". La verdad es que Padilla nunca ha podido tragar el retrato suyo que hice en ese libro. Lo

describí como un personaje brillante, imaginativo, agudo y a la vez fanfarrón, que hablaba y gesticulaba con notoria, ostentosa imprudencia, comprometiéndose en exceso y comprometiendo a sus amigos. Al comentar esa descripción mía en la revista mexicana *Plural*, antecesora de la actual *Vuelta*, Emir Rodríguez Monegal escribió que Padilla parecía "un Stavroguin del Trópico" (por el personaje de *Los endemoniados* de Dostoievsky). Hubo un momento, cuando noté que la vigilancia policial, a los tres meses de mi estada en la isla, se acentuaba y que Padilla hablaba con imprudencia cada vez mayor, en que le dije que la situación me empezaba a parecer francamente peligrosa y que convenía que se mantuviera alejado de la embajada chilena, reducida en esos días a un par de habitaciones del hotel Habana Riviera. Pues bien, la Seguridad del Estado, que conocía bien al poeta y lo manipulaba sin que él se diera cuenta, no halló nada mejor que colocarlo en una buena habitación del mismo hotel, a poca distancia de la mía. Para evitarle los inconvenientes de las colas, de la vida práctica. ¡Para ayudarlo a escribir! Él, con una mezcla muy suya de ingenuidad y de vanidad, lo tomó como la mejor prueba de que no se hallaba en absoluto en desgracia. Yo, en cambio, me sentí doblemente alarmado, y los hechos demostraron pronto que mi preocupación se justificaba plenamente.

Ahora, en *La mala memoria*, descubro que Fidel Castro utilizó con su habitual astucia este disgusto que el retrato dibujado por mí le causaba a Padilla. Tuvo con Padilla una conversación final antes de que éste saliera al exilio, tal como la había tenido conmigo siete años antes. Ahí, refiriéndose a mí y a *Persona non grata*, le dijo que ese libro "le dio toda la razón a la Seguridad del Estado que, en definitiva, fue más generosa contigo y con los demás que él". ¡Deberían, pues, publicarlo en la Editora Nacional, en lugar de prohibirlo estrictamente! En cuanto a la "generosidad" de la Seguridad del Estado con Padilla y sus amigos, después de haber encarcelado y golpeado al poeta y de haber aterrorizado a los demás, consistió, supongo, en haberles perdonado la vida. En esa reunión final, Fidel Castro le dice al poeta: "Si algún día cuentas esta conversación, recuerda que la tengo archivada, y lo que no he hecho con Edwards, fíjate, lo haré contigo. Haré competir tu versión con la mía."

Si no hizo nada, en el caso de la conversación conmigo, fue simplemente porque mi versión se ajustaba lo más que se puede ajustar una memoria reciente a un diálogo de cuatro horas de duración. Yo tenía que abandonar la Isla a las siete de la mañana de un día lunes en un vuelo de Iberia a Madrid. Mi conversación con el Comandante en Jefe, provocada por él, desde luego, comenzó a las once de la noche de la víspera, en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en presencia del ministro Raúl Roa, y terminó a las 3:25 de la madrugada. Al llegar a mi habitación del Habana Riviera, la escribí hasta el último detalle en mi cuaderno de notas. En los días anteriores sólo hacía anotaciones telegráficas y en clave, ya que el cónsul chileno, que ocupaba la habitación contigua, me había dicho que escuchaba pasos en mi cuarto cada vez que yo me ausentaba. Pero esa vez ya sólo saldría, con el cuaderno en mi maletín de mano, rumbo a Europa. Después de la publicación del libro, Raúl Roa me mandó un recado desde Ginebra con un amigo común español: "Dile a Edwards que se equivocó en un detalle. En la reunión de la última noche con Fidel y conmigo, yo no estaba vestido de uniforme verde oliva sino de terno azul oscuro". Como se puede apreciar, la rectificación de ese "detalle" resultaba confirmatoria del resto.

Más tarde, en un encuentro de escritores realizado en Cali, Colombia, encuentro en que la discusión política fue acaloradísima, me robaron ese cuaderno de mi habitación del hotel. Como había algún dinero encima de la mesa y no lo tocaron, me imagino que se trató de un robo político, pero, naturalmente, no puedo asegurarlo. ¡También pudo haber sido algún aficionado a la lectura! En esos días yo estaba sometido a curiosas presiones e intrigas. Ahora debería usarlas para escribir una novela de suspenso. Un italiano de Milán, enteramente desconocido para mí, me llamaba con insistencia por teléfono y viajaba especialmente a Barcelona para entregarme las memorias de un supuesto agente de la KGB que habría estado encargado en Chile, en la época de Allende, de vigilar e infiltrar los grupos de ultraizquierda. Según la historia, el agente habría hecho salir las memorias de una cárcel moscovita de máxima seguridad, donde esperaba el momento de ser fusilado. Era, ese sí, un documento más o menos bien fraguado, una obra casi maestra del género de la desinformación, y quizás constituía una sonda para ver si yo "metía la pata" e intentaba presentarlo al público. Me parecía percibir la punta fría de un iceberg policial sumergido. Tengo felizmente bastante buena salud, y mi tranquilidad terminó por extenuar al insistente, ubicuo y misterioso milanés, que parecía desplazarse por Europa con poderes mefistofélicos.

Un episodio fundamental, en el comienzo de los interrogatorios de Heberto Padilla en la cárcel por la generosa Seguridad del Estado, se basa en la supuesta grabación en México de una conversación entre Carlos Fuentes y yo. Viajé a México, en efecto, a fines de diciembre de 1970, para esperar a mi esposa, que llegaría desde Chile, y para enviar materiales de rutina por la valija de nuestra embajada en el Distrito Federal. Allí almorcé un día con Fuentes, hablé con él de política, de literatura, de esto y de aquello, y asistí en la noche del 31 a una fiesta en su casa, fiesta en que se bebió, se bailó, se celebró la llegada del año de gracia de 1971, y se conversó muy poco. Padilla cuenta en *La mala memoria* que a los pocos minutos de encontrarse en una oficina de la Seguridad, el recinto se llenó de ruidos, de carcajadas, de música. Una voz femenina, entonces, anunció que yo llegaba a la fiesta. Se produjo un sorprendente silencio, como si comenzara una representación teatral, y Carlos Fuentes y yo, ante un auditorio que callaba para escucharnos, habríamos entrado en la más absurda e indiscreta de las conversaciones. Ni las ideas, ni el lenguaje, ni el tono que se me atribuyen en esa conversación son los míos, ni creo que el lenguaje

atribuido a Fuentes sea de Fuentes. Por ejemplo, yo sostuve alguna vez, en privado, que mi cargo en La Habana era puramente protocolar y simbólico, ya que las verdaderas relaciones entre Cuba y Chile las llevaban Fidel Castro y Salvador Allende. Padilla me escucha decir en esa supuesta grabación que las relaciones se llevaban entre las policías secretas de ambos países. Esto es un disparate. Si Allende hubiera tenido tiempo, a los cuatro meses de gobierno, de formar una policía secreta adicta, cómplice de la policía cubana, la historia habría sido diferente. La izquierda chilena tenía el mérito —la ingenuidad, según Fidel Castro— de mirar con gran distancia el "policial - socialismo", como le dijo textualmente una vez Pablo Neruda al embajador de Cuba en París. Padilla después me escucha hacer la apología de Eduardo Frei y decir que Salvador Allende "es un idiota". Habría sido bastante extraño que un funcionario ascendiera en pocos años de tercer secretario a ministro consejero, como fue mi caso, y luego calificara de idiota ante auditorios desconocidos al Jefe de Estado de su país. Se supone, además, de acuerdo con la "grabación", que esto se lo decía yo siempre a Pablo Neruda, gran amigo de Salvador Allende y enemigo político declarado de Eduardo Frei. Yo sostenía entonces en reserva, y ahora sostengo en público y como parte del necesario análisis de los hechos, que Allende controlaba mal a los sectores de extrema izquierda de su coalición, pero nunca, ni entonces ni ahora, pensé que fuera un tonto. Allende era un político inteligente y una personalidad compleja, que no siempre supo resistir las presiones a las que continuamente se veía sometido. Se podría sostener, quizás, que fue un político hábil, pero no un verdadero estadista. La Seguridad del Estado de Cuba, con Heberto Padilla, pretenden hacernos creer que Carlos Fuentes y yo hablábamos de estas difíciles cuestiones, frente a silenciosos y expectantes auditorios, como un par de retardados mentales.

La famosa grabación es una falsificación burda, y Padilla, aunque dice que "me parecía reconocer las voces, pero no podía asegurar de quiénes se trataba" (p. 151), y aunque recuerda esa grabación, escuchada en el peor momento de un interrogatorio policial, dieciocho años después, termina por aceptarla a fardo cerrado. Lo más extraño de todo es que después asegura que le dije en Nueva York, años más tarde, que yo sabía quién había hecho la grabación esa noche, pero no quise decírselo, y que yo recordaba la conversación. ¿Cómo podía yo afirmar esto, cuando Padilla me decía vagamente que la Seguridad del Estado nos había grabado a Fuentes y a mí, pero no decía qué conversación nos había grabado ni qué uso policial se había dado a esa grabación?

En una reunión en Madrid en casa de J. J. Armas Marcelo, Heberto Padilla, en presencia, entre otros, de Mario Vargas Llosa y Salman Rushdie la emprendió contra mí con súbita furia. ¡Yo no había hecho su defensa política en mi discusión con Fidel, antes de salir de Cuba, y en *Persona non grata*! Pues bien, hice su defensa como artista y como individuo que tiene derecho a sostener en privado las opiniones que le dé la gana, pero nunca, ni antes ni después del "caso", me pareció que su actuación, imprudente, fanfarrona, reflejara la menor madurez política. Cuando le dije a Fidel que Padilla era un poeta valioso y que sus críticas privadas a la revolución no podían hacerle daño, Fidel comentó de inmediato, con visible irritación: "¡Padilla tiene *ciertas* ambiciones!" Hablaba, claro está, de ambiciones políticas, y ya se sabe que en la isla el único autorizado a tener ambiciones de esa clase es el Comandante en Jefe.

Lo curioso es que Padilla fue visitado en el hospital de la cárcel por Fidel Castro en persona, después de haber sido golpeado por la policía, y no cuenta una palabra de lo conversado en esa oportunidad. ¡Mala memoria! La grabación de México, sin duda, tenía por objeto mostrarle que sus amigos eran unos contrarrevolucionarios como él e infundirle miedo por lo débil de su posición ideológica. En mi caso, también estaba destinada a servir para que Salvador Allende tomara sanciones en mi contra. En este aspecto, como lo noté muy a menudo, el gobierno cubano demostraba una notable ignorancia con respecto al Chile real. Pues bien, después de ese ablandamiento previo —la "grabación", los golpes—, vino la aparición de Fidel en el hospital de la cárcel. Padilla, memorialista de mala memoria, no nos dice nada, a pesar de que esa conversación con Fidel, o ese monólogo de Fidel, no lo sabemos, sí que fue necesariamente central y decisiva. Sólo cuenta que ahí estaba Fidel, "imponente", y que al frente, tirado en un camastro, malherido, se encontraba él, "no menos imponente". ¿Imponente en qué, por qué? Aquí no sólo hay mala memoria, sino autocomplacencia francamente absurda. ¿Qué se atrevió a decirle a Fidel este imponente adversario? Desde luego, el pobre Padilla no estaba en las mismas condiciones que un diplomático chileno para hacerle frente a Fidel. Si él lo explicara así, lo comprenderíamos perfectamente. Pero no lo explica, y escamotea así el episodio clave de su permanencia en la cárcel, episodio que serviría para comprender las etapas que siguieron y que desembocaron en la conocida autocrítica.

La mejor página de *La mala memoria* es el relato de la visita de Padilla recién salido de la cárcel y de un funcionario de la Seguridad del Estado a la casa de Lezama Lima. Se trata de convencerlo de que asista a la sesión pública de autocrítica. Pero Lezama, que había actuado con discreción, con justificado miedo al aparato policial, les habla como poeta, sin apartarse de su acostumbrado tono esotérico, gongorino, y los invitantes, abrumados por su retórica y por su impavidez, se ven obligados a desistir. En un momento, Lezama, después de escuchar una grabación que le habían hecho, dice la siguiente frase memorable: "Un día las conversaciones de sobremesa, y hasta los espasmos de los amantes, se convertirán en figura de delito político." Ya estamos aquí en la atmósfera de Orwell y del Hermano Mayor omnipresente.

Al leer *La mala memoria* uno se lleva la impresión de que Fidel Castro ha practicado un stalinismo menos sistemático, menos implacable, menos cruel que el del propio José Stalin, pero que ha tenido, a la vez, menos

sensibilidad frente a los hombres de cultura. Uno percibe una desconfianza continua y profunda frente a los intelectuales, desconfianza que no excluye a los que simpatizaban con la revolución. A mí me dijo desde el día de mi llegada a La Habana: "¿Y por qué a Salvador Allende se le ocurrió mandar a un diplomático escritor? Nosotros ya pasamos por esa etapa y la superamos." No encontramos en él los gestos contradictorios de José Stalin, que de pronto salvaba la memoria de Maiakovski, el suicida, o daba un paso inesperado para proteger a Boris Pasternak, a Ilya Ehrenburg, a Serguei Eisenstein. ¿Será, me pregunto, que el mundo americano es más bárbaro, menos marcado por la tradición cultural, que el de esa periferia europea donde se inscribe la vieja cultura rusa? ¿Será que el antiguo dilema de civilización y barbarie, el de Andrés Bello y Sarmiento, el del propio José Martí, sigue dolorosamente vivo en nuestro Nuevo Mundo, sin que la isla revolucionaria se haya convertido, como habría debido hacerlo, en una excepción a esta norma? Las memorias de Heberto Padilla, incompletas, llenas de altibajos, irreflexivas en más de alguna página, resultan a veces, pese a todo, interesantes. Su retrato de Fidel Castro deberá agregarse a una ya nutrida galería de retratos revolucionarios, junto al de un Che Guevara que se confesaba desgarrado "las 24 horas del día". Padilla sostiene que Fidel Castro encontró en el marxismo – leninismo una filosofía que se amoldaba bien a sus deseos de obtener el poder total. Desde la cárcel, años antes del triunfo de la Revolución, Castro le escribía a su mujer a propósito de la Revolución Francesa: "Eran necesarios unos meses de terror para acabar con un terror que había durado siglos. En Cuba hacen falta muchos Robespierre..." (p. 257). En la lectura de estas memorias, uno intuye que Fidel llegó a encarnar en su persona a todos estos Robespierre. Claro está, es posible que la memoria del poeta falle también aquí. La conclusión es que no podremos reconstruir la historia de una sola plumada. Tendremos que proceder por partes, con espíritu analítico y paciencia. A parte de los Robespierre, la Revolución también necesita un Michelet y uno que otro practicante de la "nouvelle histoire". ¡Para rescatarnos del frágil género de las memorias personales!

En el próximo número de *Vuelta*
publicaremos una entrevista
de Nedda Anhalt con Heberto Padilla
en la que el poeta cubano
responde a estas páginas de Jorge Edwards.

